

Esa canción

Conducir un colectivo es un buen trabajo: en blanco, con horarios rotativos, todo el día en la calle, me gusta. La mayor complicación para mí no es, como podría pensarse, luchar con el tránsito de las horas pico o soportar las quejas de los pasajeros. Lo peor son los lunes a la mañana. Tengo la cabeza llena de luces de colores, de cumbia y... sobre todo de Jélica.

Todos los sábados a la noche voy a Metrópolis para verla a ella, y me queda el alma inundada de su imagen bailando, moviéndose como una diosa. Siempre tengo que hacer un esfuerzo para volver al colectivo, apartar su imagen del parabrisas y poder manejar. Pero ese día me resultó imposible.

Venía luchando con su recuerdo, puse la radio, escuchaba las noticias y el pronóstico del tiempo desde Puente Saavedra. Cuando llegué a Plaza Italia sonó esa canción, Jélica bailaba pegada al escenario, con la pollera corta, el pelo suelto, la cara brillante. Se sacó el corpiño y se lo tiró al cantante. La música me poseyó, me transportó, la veía en el parabrisas llamándome, y tuve que ir. Corrí tras ella.

El golpe me despertó entre los vidrios del Shopping y el remolino de gente alrededor. Estaba embotado, fascinado y lo único que pude hacer fue pedir disculpas.

Una canción

Estábamos llegando a Plaza Italia. El 60 repleto de gente a las ocho y media de la mañana se abría paso, más o menos hábilmente, entre los autos.

La radio gritaba el pronóstico del tiempo, el semáforo de Thames se puso en rojo y un montoncito de chicos se tiró a la calle dispersándose entre los autos para pedir monedas. Retomó la marcha cuando tuvo luz verde, pero cuando sonó la canción el conductor aceleró bruscamente, inclinó su cuerpo hacia delante, la nariz casi rozando el parabrisas, los brazos flexionados y tensos, las manos nerviosas agarrando con fuerza el volante. La

cumbia ocupaba todo el espacio y el colectivo se abalanzó como un loco por la avenida Santa Fe.

Seguía el ritmo a los volantazos. Una señora un poco gorda perdió pie y terminó en el suelo rodando de un costado al otro del pasillo derribando en cada compás a los pasajeros que iban parados.

Los estribillos se acompañaban con el llanto del nene del asiento delantero que escurría la cabeza de entre los brazos de su madre, y los alaridos de espanto de los pasajeros sentados cuando pasábamos a milímetros de otros colectivos o veíamos a la gente que cruzaba haciendo piruetas para esquivarnos.

Los que estaban parados caían y se levantaban haciendo un coro lastimero y monótono.

Con los últimos acordes de la canción vimos estallar en millones de partículas las vidrieras del Shopping. El colectivo se enderezó, aflojó los brazos, deslizó las manos recorriendo el volante, las dejó caer a los costados de su cuerpo, exhaustas, se levantó y mirando hacia atrás, inclinando un poco la cabeza, nos pidió disculpas.

Lucía Castelli